

# Elvis y Policarpo

Alberto Forcada

Ilustraciones de Cecilia Varela



loqueleg®

El amor  
de Policarpo





Aprovechando que sus alas parecen gabardina, los murciélagos juegan a ser mafiosos. Vuelan en pandillas y ametrallan las paredes con su caca. ¡Cacacacacacaca!

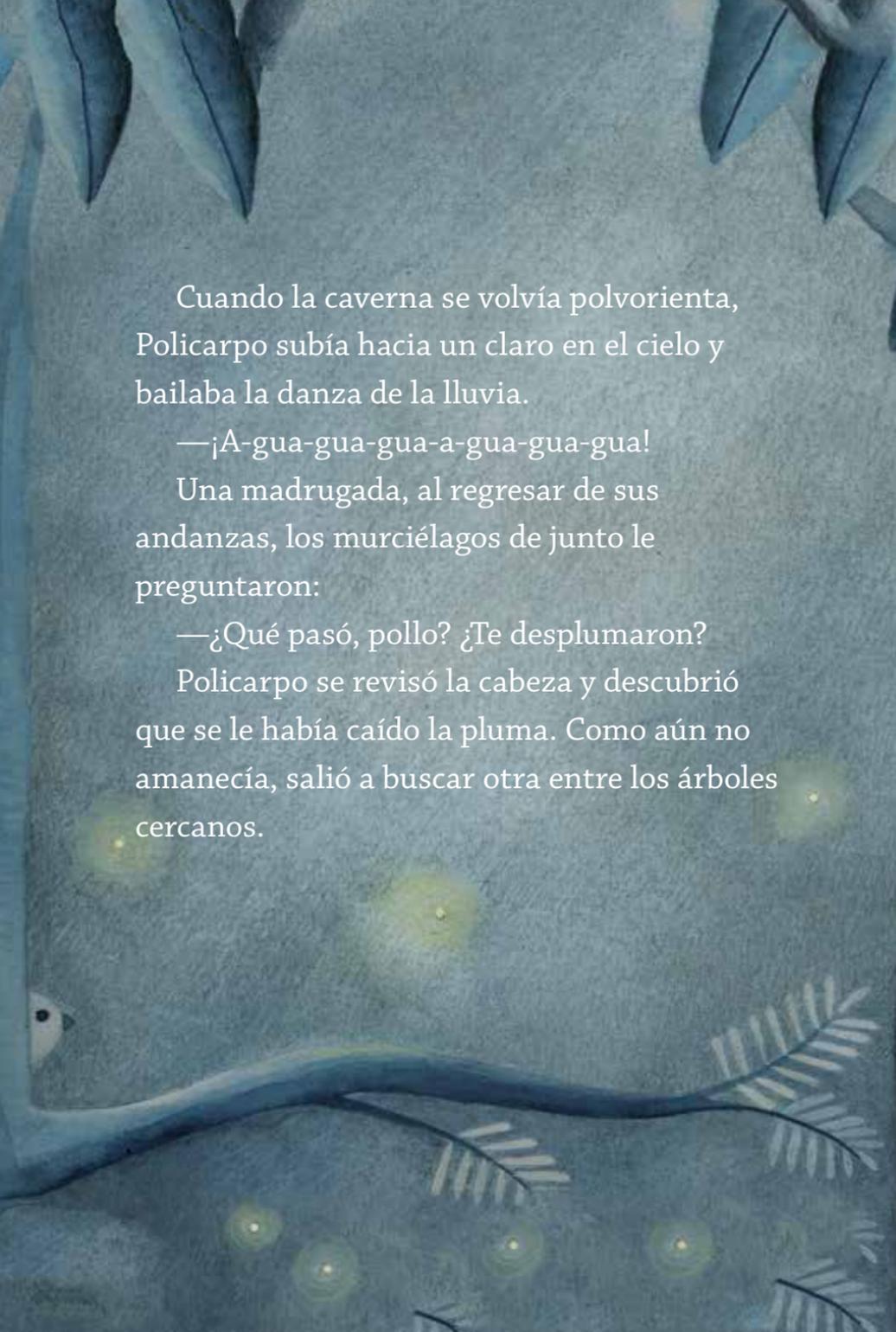
Sin embargo, hubo una vez un murciélago llamado Policarpo, que prefería jugar a ser apache. Aullando, perseguía polillas en la bruma, y las flechaba con su lengua.

—¡Jerónimo! —gritaba volando como si cabalgara.

Los demás murciélagos se burlaban de verlo con una pluma en la cabeza.

—Quiere ser pájaro —decían.

Él no les hacía caso. Le encantaba pintarse rayas en el rostro y dormir con los brazos cruzados, como gran jefe. A veces lo despertaban los gritos de sus vecinos, pero le bastaba imaginar manadas de polillas pastando entre las nubes, para volver a dormir.



Cuando la caverna se volvía polvorienta, Policarpo subía hacia un claro en el cielo y bailaba la danza de la lluvia.

—¡A-gua-gua-gua-a-gua-gua-gua!

Una madrugada, al regresar de sus andanzas, los murciélagos de junto le preguntaron:

—¿Qué pasó, pollo? ¿Te desplumaron?

Policarpo se revisó la cabeza y descubrió que se le había caído la pluma. Como aún no amanecía, salió a buscar otra entre los árboles cercanos.

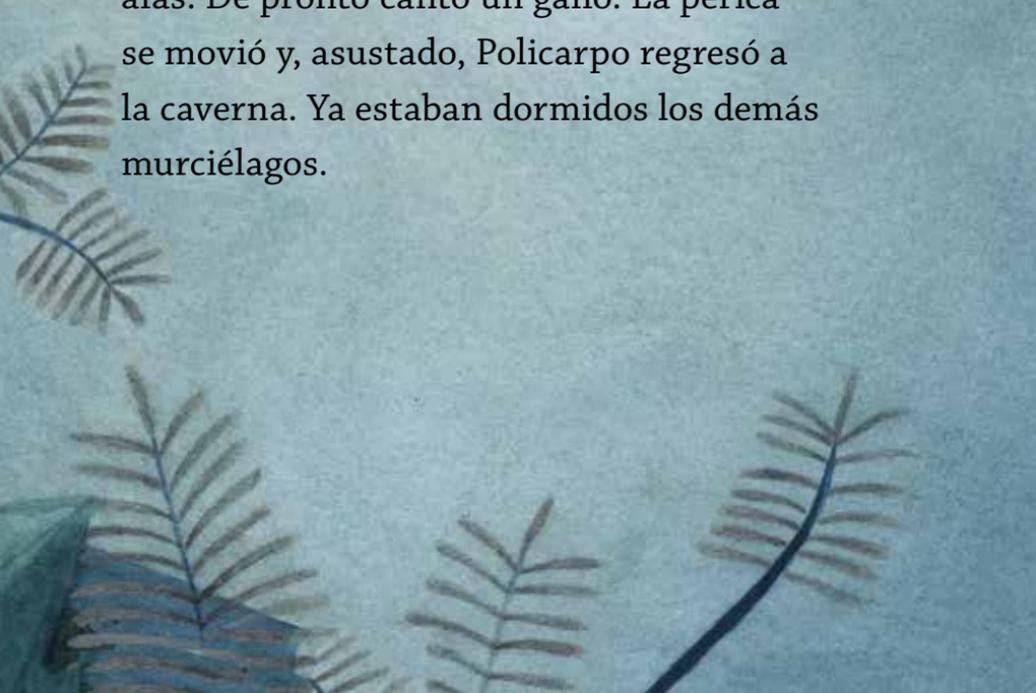






Quiso el destino que en el primer y único nido donde se asomó, estuviera dormida una perica llamada Rigoberta. Tenía el pico amarillo y el plumaje verde. Policarpo no se atrevió a tocarla. ¿Cómo le iba a arrancar una pluma? ¡Era tan hermosa!

Durante largo rato la miró dormir, observando las arrugas de los párpados, la curvatura del pico, el plumón debajo de las alas. De pronto cantó un gallo. La perica se movió y, asustado, Policarpo regresó a la caverna. Ya estaban dormidos los demás murciélagos.



A partir de entonces dejó de escuchar al Llanero Solitario en los susurros del viento. Ya no le interesó ser apache. Pasaba las noches espiando a la periquita, tratando de pensar qué hacer para conquistarla. No se atrevía a hablarle, ni siquiera a escribirle una carta, pues tenía mala ortografía.

—Soy feo y mal educado —lamentaba—. No tengo elegancia. ¡Ella es tan distinguida! Al comer no se mancha ni una pluma y sabe recitar poemas en quién sabe cuántos idiomas, mientras que yo ni siquiera puedo decir mi nombre sin dar un chillido.